

se hurtaban éstos, viéndolos de plata labrada; los pajes irritados castigaban á los robadores; cuando los cogían *in fraganti*, pero el santo bondadoso los excusaba ó perdonaba.

Era devotísimo de los misterios del Redentor y en particular de su Pasión sacratísima y del Sacramento del altar: por eso diariamente celebraba la santa misa, y entonces fulguraba su rostro; lo mismo acaecía cuando lavaba los pies á los pobrecitos. Fué puntualísimo y atento en recitar el oficio divino, que muchas veces salmodió con los ángeles en armonioso concierto y dulcísima armonía.

A las afligidas ánimas del Purgatorio mostró tiernísima devoción; todos los días les rezaba su oficio y fundó en sufragio de ellas las cofradías que pudo.

Su ardiente y filial amor á la inmaculada Madre de Dios nació en su cuna, acompañándolo hasta su postrer aliento; desde su muy temprana edad le rezaba su oficio parvo y santo Rosario sin faltar un solo día; y en honor de tan excelentísima Señora ayunaba los sábados á pan y agua. «A las Letanías Peruanas, compuestas en alabanza de la Santísima Virgen y aprobadas por S. S. Paulo V, incorporó entre las glorias que se cantan á esta Señora la de su inmunidad de la culpa original, enseñándonos á decirla: «Por tu concepción inmaculada, líbranos, Señora, de todo mal y pecado (1)».

En un lugar inmediato á Lima, llamado el Cercado y poblado de naturales, había una ermita donde se veneraba la efigie de N. S. de Copacabana, advocación del Rosario en ésta y del que era devotísimo. Un día, amaneció destechada y se entendió que malvados aventureros habían cometido tal desacato, en odio á los indios; súpolo el Santo que santamente se indignó, pues no sabía pactar con la iniquidad, y más tratándose de salir á la defensa del oprimido. Mandó, pues, hacer las debidas inquisiciones, para que por justicia fuesen castigados los delincuentes; ordenó que en todos los templos se hiciesen rogativas ante el Santísimo expuesto, pidiendo á nuestro Señor volviese por su honra; además comunicó á su Provisor que del Cercado trajese á la Catedral la efigie de Copacabana en solem-

(1) Informe del Rmo. Arzobispo de Lima Sr. Luna Pizarro, en contestación á S. S. Pío IX pidiéndole el testimonio sobre la tradición de la iglesia Limeña, para la declaración del dogma de la inmaculada Concepción.

ne procesión. Horrorizada la católica Metrópoli por tan inaudito atentado, acudió presurosa á la voz de su Pastor; pero al llegar la romería á la plaza mayor, he aquí que la imagen de María y su divino Infante, como en señal de clemencia, y ya aplacados, empezaron á sudar, con tanta copia, que en cuatro horas que duró el portento, á vista de todos, el mismo Santo llenó dos cálices de tan celestial rocío, sirviendo de efficacísimo remedio para curar toda clase de enfermedades y dolencias. Entre los agraciados, hubo un marino holandés protestante, hecho prisionero por la escuadra española en Magallanes, el cual estando tullido se hizo llevar, para cerciorarse del hecho, ó burlarse de los crédulos; mas viendo que otros sanaban, exclamó ante la efigie: «Si eres verdadera Madre de Dios, sáname y creeré.» Al instante se levantó de su camilla sano y bueno, abjuró la herejía, se hizo católico y pidió con instancias al Santo Arzobispo que lo pusiese de Sacristán de la Virgen: así lo obtuvo, y permaneció fiel hasta su muerte. De hecho tan asombroso, ordenó el Metropolitano un proceso jurídico, para perpetua memoria. Autentizado el milagro, en que las oraciones del Santo tuvieron tanta parte, fué colocada Nuestra Señora de Copacabana en la Catedral, donde le labró suntuosa capilla; fundando en ella cofradía de sólo indios, y teniéndola por tan propia, que mientras vivió, allí oraba frecuentemente, allí celebraba diariamente, confirmaba y ordenaba. Pero como después de su muerte, se quisiese ensanchar el templo y fuese necesario aquel sitio, se erigió nueva iglesia en el barrio de San Lázaro, donde se trasladó la Virgen con mucha solemnidad, conservándose hasta nuestros días la memoria del venerable Prelado.

Muy mucho tuvo que padecer por dar cumplimiento á los Sagrados Cánones y por su rendida obediencia al Santo Padre; por eso le acusaron al rey quien le mandó decir estar sentido y algo enojado contra él; pero no por eso se turbó el Santo, ni amainó sus procedimientos, y con santa libertad contestó: «que él era fiel cristiano, y obediente en primer lugar á los mandatos Apostólicos; y que aunque fuese martirizado (que ¡ojalá se viesé en ello) había de hacer lo que le ordenase el Pontífice; y que el Rey era mal informado, porque lo que pedía, hacía repugnancia al Estado Eclesiástico.»

Acaeció otra vez que los émulos de nuestro Santo,

entre ellos el Virrey D. García Hurtado de Mendoza, denunciaron al Soberano de cómo el Arzobispo avisaba algunas cosas al Papa en perjuicio del real Patronato. El receloso Monarca despachó al Virrey, Marqués de Cañete, una cédula real á 29 de Marzo de 1593, ordenándole que en presencia de la Real Audiencia y de sus ministros, llamasen al Arzobispo y le leyesen el contenido, terminando así: «Y de su respuesta y demostraciones que hiciere, me avisaréis.—Yo el Rey.»

El vengativo Marqués hervía de gusto al ver llegada la oportunidad de humillar al Primado, que tantas veces había contenido sus invasiones sacrílegas, so pretexto de real Patronato. Al efecto, hizo congregarse en su palacio la asamblea de los magnates, y sobre gradas y bajo regio dosel, asentóse en su tribunal para dar cumplimiento á la real orden. Cuando todo estuvo preparado, con el mayor concurso y solemnidad posible, hizo llamar al Santo: éste, firme en su derecho y puesto su corazón en Dios, entró donairoso en la sala de audiencia; llegó hasta la presencia del Virrey, saludándole cortésmente, como también á los magistrados allí presentes; impertérrito miró á su alrededor, pero notando que adrede no se le había preparado asiento, á fin de tenerlo de pie, como á reo, salió muy tranquilo de la sala, y en la cámara inmediata cojió un taburete, lo arrastró hasta colocarlo debajo del dosel, diciendo al Virrey: «A bien que somos del Consejo de su Majestad, Sr. Marqués, y como ambos cabemos bajo el mismo dosel, nos sentaremos para escuchar la real cédula.» Y se sentó sereno.

El Virrey bufó de enojo, rechinó los dientes, de cólera centellaron sus ojos, se inmutó, no pudiendo disimular su ira, pero al fin tuvo que resignarse, puesto que no le podía negar su derecho; y en verdad que el Metropolitano era miembro del Real Consejo y además Protector General de los Indios, en representación del mismo Felipe II, por cédula real expedida en Lisboa. Terminada la lectura, á la que nuestro Santo atendió con mucha calma, contestó: «Enojado estaba nuestro rey, sea por el amor de Dios.» Minuciosamente fué informado el Monarca y entendiéndolo que se las había con un justo, que sólo quería cumplir con las obligaciones de su cargo, le escribió cartas muy satisfactorias y de reprensión á sus émulo.

De la inmunidad y libertad de la Iglesia fué acérrimo defensor y constante en sostener la disciplina ecle-

siástica. A la defensa de la patria, amenazada por los piratas, acudió con su haber, sin consentir en el despojo del Santuario, siendo su lenguaje ordinario: «Hágase el deber, y sea Dios servido.»

Para rechazar todo empeño y poder administrar recta justicia, como para evitar todo juicio temerario, no admitía regalos; no sólo de los Virreyes y españoles, pero ni aun de los naturales, y escribiendo á Su Santidad Urbano VIII decía: «En las confirmaciones que he hecho en las visitas, no he aplicado ninguna cosa para mí, ni llevado nada á los Indios que he confirmado; no he consentido que me ofrezcan candela, ni plata, ni traigan vendas, sino de mi hacienda se han puesto las candelas y vendas; que todo ello me valiera mucha cantidad en razón de tanto número de Indios, como se echa de ver, y se da á entender; deseando que todos los naturales tengan mucho contentamiento, y no entiendan se les lleva algo por la administración de los Santos Sacramentos.»

Repartía sus rentas entre los templos desamparados, hospitales y pobres vergonzantes á quienes llamaba «mis acreedores»; varias veces no quedándole más que dar, se desnudó de la camisa; y andando por la frigidísima cordillera se despojó de su único manto, para cubrir á una misera india. En la relación que hizo al Santo Padre, diez años antes de morir, según lo mandado por el Tridentino, le decía: «Hasta la fecha llevo repartidos 143.344 pesos 4 reales, sin contar con otras limosnas secretas.»

Contra abusos inveterados protegió á los indios desvalidos, sus hijos predilectos, é hizo cuanto pudo en provecho de ellos; por eso aprendió el quinchua á fin de ser oído y escuchar sus quejas; todos los domingos y días festivos predicaba á indios y españoles, en su propia lengua; así, y con su celo y ejemplo pudo reducir á más cristiana vida á muchos más católicos; y al gremio de la Santa Iglesia, á innumerables infieles. Como prueba del amor que profesó Toribio á los indios, oigamos lo que dice un testigo del proceso de su beatificación: «después de muerto Toribio, faltó el pasto espiritual á sus ovejas, y fueron los indios en tanta disminución, que no había ya la cuarta parte.»

No ignorando nuestro ínclito Prelado, cuánto importa instruir á los niños en la sana doctrina, cimientando de su futura dicha, se dedicó personalmente á enseñar el Catecismo, afianzando con su ejemplo lo que tenía

ordenado á sus párrocos, por sus concilios y sínodos. Los domingos, después del medio día, bajaba de su palacio, y encaminándose hacia el arrabal de San Lázaro, albergue entonces de la gente desvalida, iba por su tránsito recogiendo y convidando á seguirlo á los muchachos y vagos. A cada paso crecía el abigarrado y bullicioso enjambre, atraído por la voz, dulzura y dádivas de tan amoroso Padre, hasta entrar en la iglesia, donde los adoctrinaba con gran provecho, regocijo y edificación de la feliz Ciudad de los Reyes. Verdaderamente que si asombraba el contemplarlo presidir, lleno de majestad y sabiduría, á sus sufragáneos, convocados por él á concilio desde Nicaragua y Panamá, hasta el Río de la Plata ó Paraguay y circundado por el Virrey con la Real Audiencia, pasmaba cuando se le escuchaba enseñando y preguntando el Catecismo á los chicuelos de la humilde plebe, compuesta de indiecitos, negritos, blanquitos, zambitos, mesticitos y huérfanitos; alumbrando sus inteligencias, y calentando, como madre amorosa, sus tiernos corazones con la luz de la verdad. ¿Y quién es éste que así catequiza? Es nada menos que el Primado de Sud América; es el insigne doctor de Salamanca y Coimbra; es el alumno predilecto de los consultores y antorchas del Santo Concilio de Trento; es el prudente y austero Inquisidor, ante cuyo cejo enmudecen los grandes de España, y el estimado compañero de estudios de los consejeros de Castilla, que á la sazón regían los destinos del más poderoso imperio: tal fué el Sumo Sacerdote Toribio.

Obtuvo el dón de lenguas, de éxtasis, de profecía y de milagros; pero como escribimos de vuelo, espigaremos de los muchos que hizo, uno que otro no más. La Sagrada Congregación, sólo comprobó detenidamente quince de los que hizo en vida y otros tantos de los acaecidos después de su muerte, por ser pruebas, más que suficientes, para declarar su heroica santidad.

En el monasterio de la Encarnación de Lima, de las canónigas de San Agustín, consagraba Toribio al Reverendísimo Arzobispo de Méjico, D. Alfonso Fernández de Bonilla. Fué tal el gentío y tal la apretura, que murió sofocada una parvulita. La consternación de la muchedumbre fué grande, y mayor el dolor de la pobre madre; fuera ésta de sí, pero guiada por su fe, rompe por entre el concurso con su hijita difunta entre los brazos, dirijese hacia el altar mayor, y allí, enmudecida, deposita á los pies del Santo el fruto de sus entra-

ñas. Toribio se conturba, mezcla lágrimas con lágrimas, la consuela, aviva su esperanza, se arrodilla, ora extático, se levanta, é imponiendo sus benditas manos sobre el angelito, la resucita y sana y festiva la retorna á la angustiada madre, que se creía despertar de una larga pesadilla.

Sabedores los habitantes de Macate, que su Santo Arzobispo venía á visitarlos, salieron á su encuentro, y al llegar á su presencia se postraron ante él reverentes, y con gran quebranto y clamoreo le dijeron: no tenemos agua, ni para nosotros, ni para nuestros ganados, y nos vemos obligados á dejar para siempre la tierra que nos vió nacer: Padre Santo, ten piedad de tus hijos. El Santo, hondamente conmovido, acudió á la oración, hizo levantar un altar en el sitio en que se hallaba, ofreció el Santo Sacrificio de la Misa, con aquel fervor que él solía, y terminado, hirió con su báculo la peña inmediata; al instante brotó de ella á borbollones agua fresca y abundante. La gente estupefacta y rebosando de gozo y alegría, prorrumpió en gritos de alabanza, bendiciendo á Dios Omnipotente por haber mandado á su pueblo un nuevo Moisés. El manantial que Toribio hizo brotar en Macate, sigue hasta hoy pregonando su virtud.

Para nosotros el mayor de sus prodigios, fué el haber florecido bajo su cayado pastoral Rosa de Santa María, Patrona de las Américas todas, Indias y Filipinas; San Francisco Solano, norma y dechado de los misioneros del Nuevo Mundo; los Beatos Juan Masías y Martín de Lima, asombro de humildad é ilimitada caridad, ambos de la Orden de Santo Domingo, con otros muchos Venerables de uno y otro sexo. En verdad, parece que tantos Bienaventurados, resplandecientes con sus heroicas virtudes, se citaron en Lima para cortejar y realzar la gloria de tan preclaro Arzobispo; entonces sí que rebosó el Perú en virtudes y riquezas mil, y con noble jactancia podemos decir que el siglo de Toribio, es el siglo de oro de la Iglesia en todo el Nuevo Mundo.

Años antes de morir, profetizó Toribio su dichosa muerte, señalando el lugar, el día y hasta la hora. Con serenidad la vió llegar, y como no tenía más anhelo que la gloria de Dios y el exacto cumplimiento de su cargo, emprendió animoso su tercera y última visita Pastoral. En Pacasmayo (distante 133 leguas de la capital, le acometió la fiebre mortal, no obstante prosi-

guió resuelto en su tarea apostólica; en Guadalete arrojó el mal, y en vano la afligida Comunidad Agustiniense lo quiso detener: como ciervo sedientó vencía las penalidades del camino, anheloso por saciarse en la fuente de vida eterna, pues ya presentía el cumplimiento de su jaculatoria predilecta: «Deseo ser desatado de esta carne, para unirme con Cristo.» Visitó de paso las aldeas de Chérrepe y Reque, firmando con mano trémula la licencia para la fundación de la Recoleta dominicana en Lima, semillero de santos y doctos misioneros, que tuvo por uno de sus fundadores al príncipe de los poetas épicos castellanos, á Fr. Diego dd Hojeda.

Rendido por la fiebre, llega moribundo á Saña el generoso atlela de Cristo, y al comunicársele su próxima partida, exclamó: «*Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus...*» «¡Qué nueva tan alegre es ésta que me dan, de que pronto marcharemos á la casa del Señor!» En compañía de sus clérigos, y á pesar de su gravedad, hizo un supremo esfuerzo, para cantar por vez postrera las alabanzas de su Hacedor, rezando con ellos el largo oficio que tocaba, y terminado, se hizo llevar en pobre tarima hasta las puertas de la iglesia parroquial, porque se creía indigno de que todo un Dios Sacramentado lo fuese á visitar; y allí, anegado en lágrimas, y en medio del llanto y sollozos de su afligido como inconsolable pueblo, recibió el Viático para la eternidad.

De regreso á la posada, hizo su protestación de fe varias veces delante del auditorio y de las efigies de San Pedro y San Pablo, declarando que su mayor dicha era el haber vivido como hijo sumiso de la Santa Iglesia Católica; en seguida le ungieron con la última Unción, y movido por el lamentar de los suyos, y volviendo á ellos sus blandísimos ojos, les dijo: «¿Me lloráis porque muero lejos de mi Lima? ¡qué! ¿no murió Cristo Señor fuera de Jerusalén por nos redimir? ¡ánimo, hijitos míos!» Repartió todos sus bienes entre los pobres y templos más necesitados, dejándoles sus alhajas, pontifical, vestuarios, rentas devengadas, su mismo lecho; y viendo que ya no le quedaba más que dar, legó su paternal corazón á las monjas de Santa Clara de Lima; espirando á la edad de 65 años y 25 de gobierno, en Jueves Santo, entre tres y cuatro de la tarde, á 23 de Marzo, año del Señor 1606; mientras un Padre Agustino, por mandato del moribundo, cantaba y toca-

ba en el arpa el salmo: «*In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.*» «En ti he esperado ¡oh Señor! y por eso no seré confundido eternamente.»

Al espirar el celosísimo Pastor, apareció en el cielo una cruz roja y luminosa, visible hasta muy entrada la noche, no sólo en Saña, sino también en Lima, Arequipa y otros lugares; al verla once religiosas de gran santidad de vida, del monasterio de la Encarnación, anunciaron á la populosa Lima la muerte de su Prelado esclarecido. En esa misma noche la luna, no obstante de ser la de Pascua y hallarse en el plenilunio, se eclipsó desde las ocho hasta las once, proyectando su lóbrega luz sobre la Catedral y palacio primacial únicamente; como si el cielo quisiera acompañar el llanto del misero peruano y pregonar á la vez la gloria excelsa de que Toribio gozaba en las moradas eternas.

Catorce meses después de su muerte, el Cabildo Metropolitano delegó al canónigo Maestre Escuela, D. Mateo González de Paz, para que en compañía de doce sacerdotes trasladara los restos de Saña á Lima. Precediendo las ceremonias y demás requisitos, se reconocieron los despojos mortales y todos se pasmaron al ver el cuerpo entero, incorrupto, fragante, flexible, el rostro hermosísimo, crecida la barba y otras muchas señales extraordinarias; á pesar de que los ornamentos pontificales que tenía puestos estaban verdes por la gran humedad del lugar, como también los hábitos que llevaba de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, con los cuales quiso ser sepultado, en muestra de su gratitud á dichas órdenes religiosas, por lo mucho que le ayudaron en su espinoso apostolado. Debiendo la comitiva, en su marcha para Lima, vadear el caudaloso río Santa, que baja de las dos cordilleras de Huaylas y el más copioso de toda la costa del Perú, se halló perpleja para pasarlo; pues las aguas bramadoras habían crecido muchísimo y desbordado sus riberas. Pero he aquí, que las mulas que cargaban la litera, donde iba el santo cuerpo, se acercaron á la orilla para beber, é instantáneamente las aguas se detuvieron reverentes, para dejar pasar al difunto Taumaturgo y á la muchedumbre que lo acompañaba, atraída por los muchos milagros que hacía. Cuando todos hubieron pasado, sin riesgo alguno, prosiguieron las arrebatadas corrientes caminando su camino.

Virtudes tan eminentes movieron á la Santidad de

Inocencio XI á beatificarlo en 1679 y á Su Santidad Benedicto XIII, de la Orden de Predicadores, á canonizarlo en 1726.

San Carlos Borromeo y Santo Toribio de Mogrovejo nacieron en el mismo año, ambos observaron el Tridentino fidelísimamente y por eso cosecharon ópimos frutos; éstos fueron los dos campeones puestos por Cristo en ambos hemisferios, para enrostrar al Protestantismo su fementida Reforma y demostrar que sólo la Iglesia Católica tiene virtud para regenerar á la humanidad extraviada.

El inmortal Pío IX le tuvo gran devoción y nos la recomendó muy mucho, cuando se dignó visitarnos en nuestro lecho de dolor, después de la batalla de Mantana; por eso, cumplimos con el gratisimo precepto, trazando hoy estas pobres líneas en señal de nuestro amor y gratitud hacia el mayor bienhechor de la raza indígena. También aprobó para Lima la misa y oficio propios de nuestro Santo; el Episcopado de los Estados Unidos, reunido en Concilio Nacional en Baltimore, ha pedido igual privilegio; y hoy, después de habernos dirigido al Episcopado de ambas Américas, desde el estrecho de Magallanes al de Behring, hemos remitido á la Santa Sede, por conducto de su Delegado Apostólico en Lima, las peticiones de los Rmos. Obispos á igual fin. Los Pastores del Nuevo Mundo se han unido hoy para implorar del Sucesor de Pedro se digne extender el culto de su ejemplar Santo Toribio á todo el Continente de Colón, para mejor celebrar el cuarto centenario del fausto descubrimiento.

Su Santidad León XIII, en su rescripto de 29 de Mayo de 1892, accediendo á los votos de los Obispos peticionarios, ha concedido la gracia que solicitaban y dado las órdenes á la Sagrada Congregación de Ritos para que conceda igual privilegio á todo Obispo americano que lo solicite. Alabado sea Dios que así ha coronado nuestras diligencias para propagar la devoción y culto de N. P. Santo Toribio.

6 (Pág. 7) Se cuenta, que admirado el cirujano de la fortaleza de la niña Rosa, se vió obligado á exclamar: *¡Han visto qué valiente la pequeñita!*

7 (Pág. 8) El remedio, á que se hace aquí alusión y de efectos tan contrarios á los que pretendía lograr la

madre de Rosa, es un mineral compuesto de arsénico y azufre, de color de limón, de textura laminar ó fibrosa y brillo craso anacarado, como lo define la Academia. Es venenoso y se emplea en pintura y tintorería.

8 (Pág. 22) A juzgar por la nota que el P. Capellán del Santuario de nuestra virgen, á quien citaremos con alguna frecuencia, puso al *Compendio de la Vida de Santa Rosa*, el hábito que vistió Rosa en esta ocasión para ahuyentar y desterrar todo indicio de vanidad, fué el de Terciaria de N. P. San Francisco. Un tanto aventurada parece lo afirmación, tanto más cuanto que no se debe ni puede usar tal hábito no habiendo ingresado en la Orden Tercera Seráfica, y no consta de nuestra Santa que lo hiciera.

9 (Pág. 32) Algunos autores hacen constar á propósito de los proyectos de casamiento que abrigaba la madre de Rosa respecto de ésta, las palabras que, con este motivo, mediaron entre ambas, de cuya autenticidad no es fácil responder. «Hija mía, dijo á nuestra »virgen, María de Oliva, por el amor que siempre te he »profesado y por el deseo de verte bien colocada, he »procurado tus conveniencias. Bien sabes tú las pocas »que tenemos, pues nuestro sustento pende de la labor »de tus manos. Yo te veo muchas veces toda afligida y »cansada, y que apenas puede tu delicado y tierno cuerpo con el pesado trabajo de una semana, sin grande »quebrantamiento. Yo he tratado para ti un gran casamiento que será para ti la felicidad en esta vida y para »nosotros el báculo de la ancianidad. El novio es noble »y muy rico, es el heredero único de su casa. No despreciamos ocasión semejante, pues difícil será encontrarlos con otra que la ventaja.»

A estas palabras, que oyó Rosa con los ojos bañados en lágrimas, respondió ella con toda humildad: «Mis deseos, señora, han sido siempre entregarme toda »á Dios. Son muchos los favores que he recibido de su »divina mano en el ejercicio de este santo propósito; »éstos han de gobernar mi vocación, porque más hace »Dios en llamarme que yo en seguirle. ¿Sería buena »correspondencia, sería cordura dejar al Criador por »la criatura, á Dios por un hombre por bueno, hermoso y rico que éste sea? ¿Dejar lo eterno por lo que se »acaba, lo sin límites por la nada? Esto lo dejo á la con-